



www.loqueleo.santillana.com

Título original: EL QUIJOTE DE LAS AUYAMAS

© 2016, Emelda Ramos

© De esta edición:

2017, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Calle Juan Sánchez Ramírez No. 9, Ens. Gascue

Apartado Postal 11-253 • Santo Domingo, República Dominicana

Teléfono 809-682-1382

ISBN: 978-9945-19-466-1

Registro industrial: 58-347

Impreso por: xxx

Impreso en República Dominicana

Primera edición: febrero de 2017

Director de Arte y Producción: Moisés Kelly Santana

Subdirectora de Arte: Lilian Salcedo Fernández

Diagramación: Ana Gómez Otaño

Edición: Ruth Herrera

Ilustración de portada e interiores: Ruddy Núñez

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada ni transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por un medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo escrito de la editorial.

El Quijote de Las Auyamas

Emelda Ramos

loqueleg

Por tus ocho años, Angely Taís.

El Quijote de Las Auyamas

En un lugar de esta tierra, de cuyo nombre siempre me acordaré, no hace mucho tiempo pude vivir algo que no me atrevo a asegurar que alguna vez aconteció. Eso sí: fue el año en que mis notas no estuvieron nada buenas, y en el trayecto del colegio a casa, se le ocurrió a mi padre la espantosa idea de que un mes en el campo, en la finca de los abuelos, donde mi tía Emelinda tendría para mí el mejor programa vacacional, me alejaría de tanta TV, videos, pantallas y audífonos, causantes, según él, de mi bajón de notas.

Mi madre, contra toda mi esperanza, reforzó la idea de que el contacto con la natu-

raleza y las actividades familiares acabarían con mi continua distracción y escape de la realidad. Así que al día siguiente, me despidió con su dulce sonrisa y un inesperado regalo:

–Es un secreto, no se lo muestres a nadie.

–¿Por qué?

8

–Porque es un diario.

–¿Para qué?

–Para que anotes todas tus aventuras, tus pensamientos y divertidas experiencias.

¿Sin mis amigas, sin mis vecinos, sin mi mascota?, pensé con amargura, con un nudo en la garganta y tantos sentimientos contrarios que no le contesté.

Nada más llegar, mi tía Emelinda me tomó de la mano:

–Vamos al aposento –dijo con entusiasmo.

Era su cuarto, pero más bien vi una biblioteca atestada, de la cual empezó con toda su calma a sacar, seleccionar y descartar para mí libros, libritos y librotos...



De pronto, una bulla, unas voces nos sacaron de aquel mundo tan privado, al que alguien entra en tropel.

–¡Es el de bronce, en forma de espada!
–casi chilló el abuelo que, empeñado en mostrarme su colección de abrecartas, repara en que se le ha perdido uno de los más antiguos.

10

Se armó un revuelo tal, que de entrada casi me hizo voltear la imagen que tenía de lo que me aguardaba, sobre todo porque mi madre insistía en que aquella finca a la que desde muy pequeña tanto gustaba visitar, iba a ser para mí un paraíso tranquilo y a la vez muy entretenido.

El abuelo, muy conturbado, nos puso a buscar el dichoso abrecartas por todas partes, para disgusto hasta de mi abuela que se quejaba:

–La niña recién llegada y tú no la dejas respirar.

Fue el principio del desastre.

